

“hábil” para esa labor. Al hacer resaltar esa palabra, extraída del lenguaje de la época, no hay duda que Pinto insinúa un manejo mañoso y astuto para lograr limosnas. Pero en el habla de entonces la persona hábil era simplemente la que poseía capacidad, conocimientos y experiencia para alguna tarea y no puede ser otro el significado en boca de Espiñeira.

Distinto es el significado del término hoy día y en Chile, por eso no puede hacerse un trasplante sin más. Cambia la noción y se adjudica a la fuente un sentido que no tuvo de ninguna manera.

El asunto se relaciona, por otra parte, con la adecuada compenetración con el idioma; el de ayer y el de hoy. Es imprescindible adentrarse en la semántica y adquirir un instinto filológico, pues usamos testimonios escritos y debemos acercarnos a ellos con cuidado y “habilidad”. Por esa razón, no es posible separarse enteramente de la escuela de crítica filológica. Si pensamos, por ejemplo, que en el lenguaje del siglo XVIII los vocablos conducta, genial, justificado y finísimo, significaban, respectivamente, conducción, temperamental, justo y leal, comprenderemos que debemos avanzar con cuidado por el empedrado del idioma.

En términos más generales, el asunto se relaciona con las letras y el humanismo, sin los cuales no puede haber una comprensión auténtica de la historia. La palabra es una creación frágil. Representa, a la vez la mayor finura en la labor historiográfica.

Nos hemos detenido en estas disquisiciones no tanto por hacer reparos al “Estudio preliminar” de Jorge Pinto, como para recordar a las nuevas generaciones de investigadores —tan promisorias— que el estudio de la historia es enormemente complejo, que no se ha desligado de sus viejas categorías y que mantiene un vínculo poderoso con todas las manifestaciones de la cultura. En la vorágine de nuestro tiempo es una angustia vivir entre la necesidad de dar nuestro aporte y el silencio de la meditación en contacto con las creaciones antiguas y nuevas del hombre.

Sergio Villalobos R.

José Bengoa

HISTORIA DEL PUEBLO MAPUCHE: SIGLO XIX Y XX

Ediciones Sur, Colección Estudios Históricos.

Santiago, 1985.

Entre los eruditos del *Nuevo Mundo* existe una creciente tendencia a preguntarse qué sucedió con los nativos vencidos o asimilados, o aculturizados, o “mestizados” de ese mundo. Esta sencilla pregunta ha dado lugar a nuevas y amplias interpretaciones de los acontecimientos históricos coloniales y nacionales en los ámbitos social, político e incluso económico. *La historia del pueblo Mapuche: siglo XIX y XX*, representa un buen intento por responder a esa pregunta.

El análisis más superficial de las fuentes tradicionales, tales como los periódicos e informes militares de esa época en Chile revela rápidamente una clara ausencia de comentarios sobre el pueblo mapuche. El intento de José Bengoa por llenar ese vacío con historia oral de los mapuches, apoyado principalmente en la bibliografía y prensa escrita, resulta en una visión general amplia y sincrética del mapuche en los siglos diecinueve y veinte. Las herramientas, la metodología e incluso la ciencia de los historiadores requiere ajustarse a normas de documentación, de citas y de prueba, pero las discusiones sobre la pureza metodológica no deberían desplazar al verdadero objetivo de ese estudio, es decir, cómo responder mejor a la interrogante ya señalada. Para esta historia del pueblo mapuche, Bengoa se basa principalmente en la tradición oral de los propios mapuches; en esto radica tanto la fortaleza como la debilidad de la obra.

El libro está dividido en tres partes luego de una sucinta declaración de propósito y una visión general de los orígenes de la guerra colonial. La primera parte trata de “la sociedad mapuche en el siglo diecinueve” y, en mi opinión, constituye el mayor mérito del libro. Bengoa identifica las instituciones importantes de la sociedad mapuche a medida que evolucionaron en el contexto de los nacientes Estados de Chile y (en menor grado) Argentina, haciendo especial hincapié en la importancia cada vez mayor del ganado como base económica de la sociedad. Los análisis de los grupos principales, de las alianzas y guerras internas deleitarán a cualquier historiador que haya luchado por identificar los objetivados “caciques”, que tantas veces se encuentran en fuentes

primarias (como narraciones de viajes, por ejemplo). La segunda parte del libro podría provocar controversia. El propio título "la Guerra" refleja una interpretación revisionista de Bengoa acerca de las relaciones entre el gobierno chileno y los mapuches en el siglo diecinueve, y contrasta con las interpretaciones tradicionales que propician una ocupación inexorable del territorio mapuche más que una conquista. Más interesante aún —y que tal vez podría dar lugar a un debate— es la reseña de "la guerra de exterminio" en el verano de 1869. La última parte del libro, "la reducción", se basa en investigaciones sociológicas actuales, y una combinación única de censos, datos legales y otras fuentes que contribuyen a un análisis de la situación actual del pueblo mapuche.

Es prudente hacer dos advertencias. En un intento por superar la inexactitud del (no) registro existente, el autor adopta claramente una posición de defensa, una posición de crítica de "una sociedad que no soporta una gente diferente". Cualquier favoritismo que de esto de desprenda (en contraposición a la ideología de conquista que se manifiesta en las fuentes tradicionales de archivo) se puede identificar rápidamente, y para ser franca, eso no me atañe.

Existe un problema aún más importante, la metodología, que puede hacer confuso el análisis. La utilización que hace Bengoa de los relatos orales mapuches ilustra brillantemente la consiguiente interpretación revisionista de las relaciones entre "indios y blancos" en Chile. Lo que cuestiono *no* es el uso de informantes mapuches, sino el posible riesgo de caer en la vieja idea del "indígena ahistórico". Es decir, el uso de las interpretaciones mapuches contemporáneas sobre su historia no se puede proyectar a la realidad de los acontecimientos pretéritos; lo que el mapuche piensa hoy de su historia no es más confiable que lo que el chileno piensa hoy de la suya. Así pues, cualquier intento por proyectar al pasado el "pensamiento" mapuche contemporáneo puede llevar a distorsiones históricas similares. Sin embargo, el seguir la huella en los relatos orales a nombres, lugares y otra información de esa naturaleza, que pueda ser verificada independientemente en otras fuentes, resulta de un valor incalculable. Aunque su cronología puede ser a veces un tanto imprecisa, y el uso del material de archivo un poco ligero, Bengoa ha hecho avances admirables en ese sentido.

El valor de esta obra para los historiadores radica tanto en la importante visión sintética de la sociedad y la historia mapuche, como en la descripción de una parte integral y dinámica de la sociedad rural chilena de los siglos diecinueve y veinte.

Kristine L. Jones, Ph.D.
Bowdoin College
Brunswick, Maine